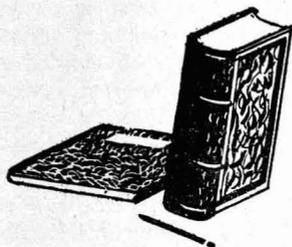


La feria de los días



A

Uno toma la pluma. Y escribe. A veces premeditadamente. Otras veces lo que va viniendo a la cabeza. Se trata de llenar una página. Parece muy sencillo; pero no siempre lo es.

B

En principio, abundan los temas, los asuntos que solicitan y retienen la atención. Es fatal que algo nos preocupe. Cerca y lejos de nosotros el tiempo se desenvuelve, y nos aporta sin cesar acontecimientos que nos indignan, nos complacen, nos inquietan.

C

Pronto se da uno cuenta de que no todos los temas son abordables. Lo que a mí me interesa en este momento puede no interesar a los demás. Y uno escribe para el público: para *un* público. (Eso, al menos, es lo que uno piensa.) Y el contexto, la circunstancia, la oportunidad, son cosas que imponen respeto.

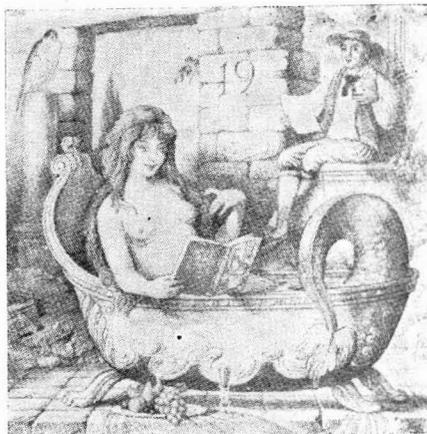


D

Otro problema: no repetirse demasiado. Una relativa insistencia es inevitable. Las preocupaciones no se liquidan al cabo de su inicial esbozo. Hay, sin embargo, límites plausibles, cuyo quebrantamiento lleva aparejado el tedio ajeno.

E

Definido el asunto, ¿basta la información que uno posee? Uno quisiera datos numerosos y concretos. Se



adivina el riesgo de las ideas generales, de los dictámenes *ex cathedra*, de los fatigados mediterráneos, de la edificación gratuita. Búscase, pues, aquel acopio de información. Consúltanse periódicos. Libros. Y uno acaba menos sabio que antes.

F

Con frecuencia indeseada nace y renace la duda: ¿Por qué —se pregunta uno— darse el trabajo de escribir? ¿Para qué tomar la pluma? ¿Para qué opinar? ¿A quién intentamos convencer? ¿Es factible tal persuasión? Quizá estamos procurando convencernos a nosotros mismos. ¿Por qué, entonces, no reali-



zamos esa tentativa en silencio, en el seno de la propia intimidad? Mayor fortuna —nos confían los experimentados— alcanza quien calla a tiempo.

G

Las preguntas se quedan sin respuesta. Pero uno sigue escribiendo. La duda palidece ante el fervor, o frente al peso, de la costumbre. Así, cuando los nietos de uno inquieran: "Abuelito, ¿para qué tienes esa boca tan grande?", uno replicará con la conciencia tranquila: "Para hablar". Pecados hay peores que la charlatanería. Y no es pequeño atenuante el poder apartar la vista de ella.

H

En fin, se trataba de llenar una página...

— J. G. T.

